

(Lecturas Universitarias)

122 pp., ilustraciones

• La relatividad, el psicoanálisis, el socialismo, sus postulados principales y los hombres que los enunciaron.

TEATRO

Alcibiades

Jorge Theotokas

Universidad Nacional Autónoma de México, 1969

(Textos de teatro / 22)

99 pp.

• La acción se desarrolla en un gran lapso de tiempo dentro del cual el héroe, hombre de acción, poseído por una visión de poder y gloria se angustia por la brevedad de la vida que no le permitirá realizar todo lo que desea.

TEXTOS

Costos

Cristóbal del Río González

Universidad Nacional Autónoma de México, 1969

(Textos universitarios)

Cuadros

• Introducción al estudio de la contabilidad y control de los costos industriales.

ALGUNAS REVISTAS

Economía Política

Escuela Superior de Economía, IPN

Vol. VI, Núm. 2, Segundo trimestre de 1969

• Colaboraciones de Ernesto Lobato, Uwe Frish, Gabriel Baldovinos, Rodolfo Guerrero. Sumario de los artículos traducido al inglés y al francés. Reportajes y documentos. Libros.

Catálogo de las exposiciones de Arte en 1968

Justino Fernández

Suplemento al Núm. 38 de los anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1969

• Reseña de las 373 exposiciones realizadas en México con motivo de la Olimpiada Cultural de 1968 por el INBA, la UNAM, el Museo Nacional de Antropología, el Organismo de Promoción Internacional de Cultura, etc.

Comunidad latinoamericana de escritores

Boletín 6

Diciembre de 1969

• Colaboraciones de Estuardo Núñez, Francisco Zendejas, poetas jóvenes de Colombia: J. G. Cobo Borda, Darío Jaramillo, Henry Luque Muñoz, Álvaro Miranda. Elkin Restrepo, Ezra Pound, Mario Castro Arenas. Libros y revistas.

Cuadernos Americanos

Publicación bimestral

Año XXIX, Vol. CLXVIII, Núm. 1,

Enero-Febrero 1970

• Colaboraciones de Camilo Dagum, Julio Álvarez del Vayo, Sergio Bagú, Samuel Martí, Omar Díaz Arce, Porfirio Sánchez. Libros y revistas.

Deslinde

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras Mayo-Agosto de 1969, Núm. 4

• Colaboraciones de Leopoldo Zea, Luis Garrido, Alfonso Rangel Guerra, Manuel Mardrazo Garamendi, Gustavo Baz, Josefina Vázquez de Knaut, Juan A. Ortega y Medina, Abelardo Villegas, Margo Glantz.

Estudios de cultura náhuatl

Publicación eventual del Instituto de

Investigaciones Históricas, UNAM

Núm. 8, 1969

• Colaboraciones de Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Víctor M. Castillo, Josefina García Quintana, Pedro Carrasco, César Lizardi Ramos.

diálogo

dounia wasserstrom, sobreviviente de auschwitz

Por Margarita García Flores

Es menuda, ágil, muy nerviosa. En uno de sus brazos lleva tatuado el número que la identificaba en Auschwitz. Ahora vive en México y da clases de idiomas. Su vida motivó a Peter Weiss para escribir *Oratorio*. Dounia fue deportada de Francia en julio de 1942 y se quedó en Auschwitz hasta el 18 de enero de 1945.

—¿Qué hacía usted allá?

—Los primeros dieciocho meses me obligaron a trabajar muy duro en los campos: construir barracas, destruir barracas, sin comida, teniendo hambre y frío. Estaba muy, muy enferma y casi lista para ir a la cámara de gas como voluntaria. Todas las enfermedades que se padecían en Auschwitz yo las tenía. Además, los pies muy hinchados, una expresión en los ojos casi animal y sin voluntad de vivir.

—¿Cómo se convirtió en traductora?

—Un día Himmler fue a Auschwitz, (era el jefe de todos los campos de concentración, en Polonia y en Alemania) y visitó la oficina política, donde registraban cada uno de los transportes que venían de toda Europa.

El se dio cuenta de que las deportadas que trabajaban allá eran alemanas asociadas que sacaron de las cárceles, casi analfabetas. Entonces, durante la revista, declaró que las personas que hablasen más de tres idiomas se presentarían en la oficina política. Estaba tan enferma que ni siquiera entendí. Una compañera me empujó "es precisamente el caso tuyo". Cuando me presenté, me dijo: "no puede ser que tú conozcas idiomas, tú estás lista para la cámara de gas. ¿Cuántos idiomas hablas?" Yo le dije: alemán, polaco, ruso y francés.

Luego me dieron la posibilidad de lavarme, ropa limpia y trabajé más de dos años como intérprete de estos idiomas en la gestapo de Auschwitz, intérprete durante los interrogatorios.

—¿Podría usted describir un día común y corriente en Auschwitz?

—Nos despertaban a las cinco de la madrugada, no teníamos camas ni cobertores. Nos pasaban revista: más de tres horas en el campo abierto, porque los SS tenían que hacer un cálculo exacto de las deportadas vivas, de las enfermas, de las que se suicidaron durante la noche, porque el campo estaba rodeado de alambres de púas cargados de electricidad y cada madrugada veíamos a nuestras compañeras muertas, colgadas sobre las púas. Como ellos no sabían

calcular muy bien, esta revista tardaba más de tres horas.

Antes de estar en la oficina política, trabajaba muy duro, sin la costumbre de trabajar en el campo, vigilada por los SS y los perros. Ahora me acuerdo de un caso sumamente triste para mí. Una compañera francesa, del grupo de las que secamos un lago. No habíamos comido y estábamos muy cansadas. Ella pidió permiso para ir por agua. Él dijo, sí. Cuando ella corrió para tomar agua en sus manos él la mató. Cuando regresamos a Auschwitz él tenía que declarar el número de muertas, entonces dijo: "se fugó, yo la maté", pero no dijo que le dio permiso para tomar agua y la mató, nada más por el placer de matar.

Trabajábamos doce horas diarias, a las tres nos daban una sopa, agua —con el bromuro que tiene un olor y sabor dulce, como medicina— y una rebanada de pan. Hasta las siete regresábamos también acompañadas por los SS y por los perros al campo y otras tres horas de revista, en las que apenas nos podíamos sostener sobre nuestros pies. Y como a las diez, en la barraca nos daban otra vez un líquido que no era ni té ni café, sino hierbas también con el bromuro y una rebanada de pan.

—¿Por qué les daban bromuro?

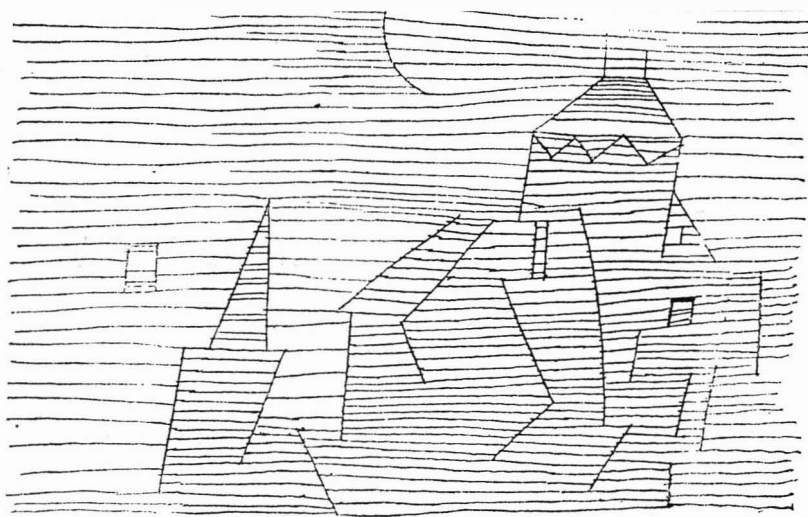
—El propósito era animalizarnos completamente. Las mujeres no eran más mujeres, ni los hombres más hombres. Por el bromuro, teníamos los pies hinchados y una expresión animal, sin ninguna reacción, pero parece que cuando se toma tanto bromuro el organismo ya no reacciona más.

—¿Cómo era su trabajo de intérprete?

—El comando que trabajaba en la gestapo de Auschwitz tenía un bloque especial, no teníamos derecho a estar en contacto con los demás deportados, ni con las mujeres ni con los hombres. Estábamos completamente aislados, pero también debíamos pasar la revista, como todos. Era una cosa muy irónica, la oficina política se llamaba de ayuda mutua, y esto me ponía furiosa, no era ninguna ayuda como usted se imagina. Todo el correo pasaba por esta oficina; los interrogatorios de compañeros resistentes franceses, polacos, rusos, se hacían en esta oficina política y como los SS no hablaban más que el alemán, utilizaban dos intérpretes durante los interrogatorios.

—¿Usted ayudaba a los detenidos?

—¡Claro que hacíamos resistencia! No traducíamos nada de lo que perju-



dicaba todavía más a los deportados, maltratados, golpeados. En voz baja, en su idioma les decía que estaba con él y que no dijera nombres, ni direcciones. El SS se daba cuenta, sobre todo Boger, contra el cual fui testigo en el proceso de Auschwitz, en Francfort, Alemania. Me decía, "no entiendo, él habla y habla y tú me traduces en dos palabras". Y yo le explicaba que él era muy primitivo y se repetía, y que le traducía lo más importante. Él creía que yo hacía resistencia y me decía "nunca vas a salir viva de aquí, porque sabes demasiado". Era cierto, cada uno de los deportados tenía un expediente, con todos los datos, yo tenía acceso a esos expedientes. Una vez saqué mi expediente y vi una inscripción con lápiz rojo "servicio especial". Quería decir que estaba destinada a la cámara de gas, porque sabía demasiado. Por eso me escapé, no había remedio, me iban a matar un día.

Cuando interrogaron a uno de mis ex jefes, Dasser y le enseñaron un folleto que escribí donde lo acusaba, él exclamó: "¿Dunia vive?, no debió salir nunca de Auschwitz."

—¿Y cómo logró usted escapar?

—El 18 de enero de 1945 evacuaron Auschwitz.

—¿Cuántas personas había entonces?

—Más o menos 40 mil. Todavía dejaron en Auschwitz a las compañeras muy enfermas, que no podían caminar y no tenían tiempo de mandarlas a la cámara de gas.

—Por Auschwitz pasaron más de 4 millones de judíos. ¿No es así?

—Sí, 4 millones de personas, de las cuales 3 millones de judíos perecieron allí. En total, durante la guerra perecieron 6 millones de judíos, en los ghettos y en los campos de concentración.

Bien, entonces, 40 mil mujeres, vigiladas por los soldados del ejército alemán, (ya no por los SS porque ellos huyeron cuando la ofensiva soviética se acercaba) muy bien armados y con los perros, en filas de cinco, dejamos el campo de concentración.

Era de madrugada y hacía mucho frío, después de 30 kilómetros de Auschwitz nos acercamos a un pueblito polaco. Durante esta marcha de muerte, si una compañera no podía caminar rápido la

mataban, y nosotros vimos a los lados de la carretera cadáveres y cadáveres. Después nos permitieron descansar en una granja. Allí, una amiga mía y yo decidimos escaparnos. Nos escondimos en la parte baja de esta granja: allí quedamos dos noches y un día. Por la misma granja pasaron los transportes de los hombres de Auschwitz. Sobre mi fuga escribí un libro, con un escritor norteamericano.

—¿Y qué otros libros más ha escrito acerca de todo lo que vivió en Auschwitz?

—Cuando regresé me pidieron escribir un documento histórico, que se llama Los Secretos de la Oficina Política de Auschwitz.

—¿Cuáles eran esos principales secretos? ¿Qué dijo usted en ese documento?

—Describí a cada uno de los SS, de mis ex jefes de la oficina política y este documento sirvió como ulterior acusación en contra de Boger y Dasser, por eso me llamaron a este proceso, donde había 365 testigos. Yo era el único testigo de América Latina y Estados Unidos. Para mí era una experiencia sumamente dolorosa, porque nunca se sabe qué reacción va uno a tener en presencia de sus verdugos, porque ellos me golpeaban también si no les parecía bien mi traducción. Disponíamos de una mesa y micrófono —no teníamos derecho de tener pluma, ni papel, ni libros, todo de memoria. Había 21 acusados, cuando el procurador me preguntó cuáles conocía me calmé completamente y volví a Auschwitz como si hubiera sido ayer. Me dejaron hablar tres horas. Conté lo que Boger hizo en mi presencia, algo que creo ni a la hora de mi muerte podré olvidar.

En noviembre de 1944, muy poco antes de la evacuación de Auschwitz se paró un camión con niños judíos delante de mi barraca: niños de cinco, cuatro años. Yo estaba en la ventana mirando y me dije: "son los últimos niños judíos que ellos encontraron escondidos". Un niño saltó del camión con una manzana roja en su mano y pensé que era la última que iba a comer en su vida, porque ellos tenían que llevar todo ese transporte a la cámara de gas. Salió Boger y vio a este niño jugando con la manzana, se acercó, tomó la manzana y

la puso en su bolsa, tomó al niño por los pies y aplastó su cabeza en la pared de la barraca, entró y me dijo:

"Dunia, tienes que limpiar eso."

—Limpié la sangre del niño, y una hora después, cuando me llamó al interrogatorio, estaba comiendo la misma manzana. Cuando relaté esto, todo el mundo estaba absolutamente mudo, porque es una cosa que un ser humano normal no se imagina. Sabiendo que a este niño lo van a matar, ¿por qué aplastar su cabeza en contra de una pared?

Boger se levantó y gritó que no era verdad, que nunca mató a los niños, y yo le dije:

"Esto lo vi."

El procurador estaba muy impresionado y me preguntó si lo había visto, y le dije, sí, yo lo vi.

—¿El escritor Peter Weiss estaba allí, en el juicio?

—Sí, él y Arthur Miller. Weiss escribió esa famosa obra teatral que se llama *Oratorio*. Cuando estuve en París, hace cuatro años, me contaron que presentaban esta obra la misma noche, en todas las capitales del mundo. Después en Nueva York me dijeron que la presentaban en Broadway. Usted se imagina lo que sentí cuando una actriz dijo: "Yo fui intérprete de Boger y Dasser"; me puse a temblar, blanca. Mi acompañante, le escribió a la actriz diciéndole que la persona que vivió el papel que estaba representando se encontraba, por casualidad, en la sala. Ella me llamó y al encontrarnos no pudimos hablar.

—¿Ha recogido sus experiencias en otros libros?

—Sí. Participé también en la edición del Libro blanco sobre la tragedia de la deportación, compilado por Olga y Henry Mitcheel, quienes convocaron a los que habían publicado algo y nos pidieron escribir sin odio. Pasamos por una comisión de historiadores y escribí sobre las categorías sociales en los campos.

—¿Cuáles eran éstas?

—Había deportados políticos, los que habían hecho la resistencia y los alemanes no sabían todavía qué hacer con ellos. Los que intentaron fugarse tenían otra categoría. Había resistentes de Polonia, Yugoslavia, Francia, Bélgica, Grecia y casi de toda Europa. Escribí sobre esto y cinco cuentos sobre Auschwitz.

—¿Al sobrevivir esta experiencia, se prometió relatarla al mundo, denunciarla?

—Es cierto, durante las largas revistas, cuando estaba casi muerta, me dije: Si Dios quiere, si voy a sobrevivir este infierno, toda mi vida voy a hablar, a escribir sobre lo que ha pasado, porque el mundo no lo sabe y nada hizo para ayudarnos. Puedo decir que aún me cuesta mucha salud, nervios, recordar todo esto. Escribo, doy conferencias para la juventud. Han pasado 25 años, pero esto no se debe olvidar. Mi lema es precisamente: no debemos olvidar, y nunca más, nunca más campos de concentración.